

**JULIÁN MARÍAS**

*L*

El alcance de unas elecciones

as elecciones convocadas para el 6 de junio de 1993 prome ten tener una importancia desusada, mayor que las anterio res, comparable a las de 1982. Las razones son múltiples. En primer lugar, parece probable que signifiquen un cam bio de equipo gobernante. Esto es normal en una democra cia, y no justificaría que mereciesen una atención especial.

Pero hay unos cuantos hechos que conviene tener presentes -es increí ble la debilidad de la memoria en la mayoría de las personas, lo cual puede tener graves consecuencias.

**«Bipartido socialista ha impuesto sus propios criterios, usando a fondo su mayoría absoluta, sin tener en cuenta ninguna otra posición.»**

Las primeras Cortes democráticas desde 1936 fueron las Constituyentes de 1977. Cuando se aprobó la Constitución a fines de 1978, como las Cortes no habían sido convocadas como constituyentes, hubo especula ción sobre si continuarían o serían disueltas. Se dijo que Adolfo Suárez aprovecharía todo el plazo de que dispo nía, pero las disolvió el primer día que fue legalmente posible.

Ganó, con su partido UCD, las de 1979, con una mayoría que superó la de 1977, sin ser absoluta. Fue atacado con encarnizamiento por el partido socialista, secundado por casi todos los demás. El PSOE presentó, con muy escaso fundamento, un voto de censura de especial virulencia, que fue derrotado, pero exclusivamente por los votos de UCD, pues los demás, incluida Alianza Popular, se abstu-

«**El partido socialista no se ha**

**limitado a ejercer el poder**

**-lo que legítimamente podía**

**hacer, por haber ganado las**

**elecciones-, sino que ha**

**ejercido en exclusiva y en**

**forma de monopolio la**

**gestión íntegra**

**de la vida nacional»**

vieron y le negaton sus votos. El gobierno quedó triun fante, pero debilitado por esa falta de apoyo.

 **A** comienzos de 1981, Adolfo Suárez, que no había sido derrotado ni había perdido ninguna elección, dimitió de la Presidencia deji Gobierno. En el momento de la vota ción de su suceso|r, Leopoldo Calvo-Sotelo, se produjo el lamentable episodio del 23-F, que todo el mundo recuer da. El nuevo Presidente disolvió anticipadamente las Cor tes a fines del verano de 1982, y en las elecciones de octu bre triunfó el partido socialista con mayoría absoluta, que, al menos técnicamente, ha conservado hasta ahora. La política, des^e entonces, ha significado un cambio decisivo respecto de la del período anterior. Frente a la de consenso, mantenida por Suárez, acaso hasta el exceso, frente a la voluntad de contar con los demás y asociar a la

nación entera a los programas d$ gobierno -empezando por la Constitu ción-, el partido socialista ha impuesto sus propios criterios, usando a fondo su mayoría absoluta, sin tener en cuenta ninguna otra posición. De este modo ha llevado a catpo toda una serie de transformaciones, muchas veces solamente con sus votos - que eran suficientes-, y así ha ido ocupando sucesivamente las parcelas de poder social que hasta entonces quedaban fuera del político: Judicatura, Colegios profesiona les, Bolsa, empresas privadas, todo ha ido siendo sometido, de manera creciente, al influjo del Gobierno y de su partido.

 **L**as jubilaciones anticipadas de l<j>s setenta a los sesenta y cinco años han apartado de las funciones rectorjas de la sociedad -Universidad, Magis tratura, Diplomacia, etc. -a las figuras de más experiencia y prestigio, verosímilmente de más fuerte personalidad e independencia, que han sido sustituidas por otras más jóvjenes y probablemente más dóciles. La presión fiscal, que ha aumentjado extraordinariamente -aproximada mente el doble que la de los Estados Unidos-, ha puesto en manos del Gobierno recursos cuantiosos, qtie han aumentado su poder, a expensas de una sociedad con capacidad ínuy limitada de inversión y de ahorro, es decir, de poder económico.

Lo más significativo, sin embargo, no ha sido esto, sino que el partido socia lista no se ha limitado a ejercer el poder -lo que legítimamente podía hacer, por haber ganado las elecciones-, sino que ha ejercido en exclusiva y en for ma de monopolio la gestión íntegra de la vida nacional. Fuera de él, nadie ha tenido la menor posibilidad dej inspirar, organizar o dirigir las múltiples funciones que constituyen la vida colectiva de una nación europea. €omo los afiliados a un partido sbn una exigua minoría, y este es el caso del que ocupa el poder, esto significa una inversión social de la democra cia, aunque no se altere la legalidad política: la inmensa mayoría de los españoles está excluida de toda intervención en la marcha de la nación, salvo la de votar cuando hay elecciones.

Se comprende ahora por qué las próximas van a tener gran alcance. El poder se ha ejercido hasta ahora |con una voluntad de perpetuación que

recuerda demasiado la experiencia española anterior a la Monarquía, y algunos modelos que existen en otros países no europeos. Si de las elec ciones del 6 de junio sale una nueva mayoría socialista, se tendrá la impresión justificada de que se ha establecido un sistema inalterable y permanente, en virtud del cual la inmensa mayoría de los ciudadanos quedan reducidos a la condición de espectadores de lo que una pequeña minoría decide y hace.

**«La inmensa mayoría de los españoles está excluida de toda intervención en la marcha de la nación, salvo la de votar cuando hay elecciones.»**

**S**i la gestión del Gobierno hubiese sido acertada y eficaz, cabría la resig nación de los que no tengan voluntad de intervenir en la vida de su país y se contenten con una administración. Pero la realidad es bien distinta, y después de una larga época de elogios constantes a los «éxitos», ha resultado súbitamente evidente que en realidad se trataba de fracasos. Parece evidente que hay que hacer otras cosas y además de otra mane-ra.Sobre todo, que hay que devolver a los individuos, a los grupos socia les y a la sociedad entera la libertad que había empezado a gozar desde 1976 y que desde 1982 no ha hecho más que disminuir. En 1984 publiqué un artículo, «La libertad en regresión», que no ha hecho más que ser confirmado por los hechos. Es necesario que los que quieren otra cosa -otras cosas-lo digan claramente antes del 6 de junio. Parece que algu nos tienen temor de esa claridad; otros dicen lo que no van a hacer en ningún caso, porque contradice lo que han sido y siguen siendo; por ejemplo, los que han representa do siempre el régimen hundido hace poco tiempo en lo que fue Unión Soviética, lo que intenta retoñar otra vez

en Rusia y en otras partes.

Es menester tener el valor de las propias convicciones, sin cuidarse de que vayan a gustar o no a los medios de comunicación o a una parte de los electores. Si se afirman y son valiosas provocarán la adhesión de muchos, que se sentirán repre sentados; en ningún caso se conseguirá la de otros, ni hace falta.He for mulado a veces un principio que me parece esencial: no hay que intentar contentar a los que no se van a contentar.

España se juega en las próximas elecciones tener un camino abierto o cerrado. Si sus resultados responden a lo que realmente es y quiere ser, será posible la esperanza, la ilusión, el entusiasmo; se podrá imaginar un proyecto nacional coherente y atractivo, capaz de unir a todos los espa ñoles, incluso a los que queden fuera del poder y que nunca deberían ser excluidos. Ese fue el acierto incomparable de los gobiernos de la Monarquía en sus primeros años, cuando nadie quedó excluido ni pros crito, se gobernó para todos sin ofender ni perseguir a nadie.

**L**a democracia, aparte de sus posibles corrupciones, tiene una dificultad intrínseca: el poder se alcanza mediante los votos, y una fuerte tentación es conseguirlos por medio de las promesas o la demagogia. Ambas cosas son funestas; Suárez empleó con frecuencia la fórmula «puedo prometer y prometo», que a veces fue criticada, pero la verdad es que cumplió lo que prometía; esta fórmula ha sido sustituida después por otra, que se

**«Después de una larga época**

**de elogios constantes a los**

**'éxitos', ha resultado**

**súbitamente evidente que en**

**realidad se trataba**

**de fracasos.»**

calla a la vez qué se practica: «no puedo prometer pero
prometo». \

Haría falta un partido que tuviese escrupuloso cuidado de no prometer más que lo posible; se dirá que sería rebasa do por los que tienen la promesa falsa; pero un partido veraz debería desenmascarar la falsedad de otros, mostrar la imposibilidad $e cumplir lo ofrecido, probarlo con la experiencia cuando se trate de realidades ya efectivas. En cuanto a la dejnagogia, creo que pronto fatiga, y no es difícil mostrar que es eso y no otra cosa. Claro que hay que suplirla con 1^ buena retórica, con el arte de mover a

las personas con el atractivo y |a belleza de la palabra. Se ha llegado a
olvidar la fabulosa potencia del lenguaje, que apela a lo verdaderamente
humano en el hombre.

**C**asi todos caen en la trampa de creer que no interesa más que lo econó mico. Ciertamente tiene importancia -la realidad más que lo que se dice de ello y los espejismos-; pero no es lo único que cuenta. El hombre, dicho sea en su honor, se entusiasma cuando se le presenta algo atracti vo, valioso, difícil, que vale la pena, de lo que se puede sentir orgullo. Si alguien tuviera el talento de poner ante los ojos de los españoles una imagen adecuada, rica, incitante, que respondiera a una historia y una cultura que se cuentan entre las más ilustres del planeta, sin narcisismo, sin rencores, sin provincianismos ni falsificación, estoy persuadido de que provocaría una oleada de entusiasmo que renovaría la moral. Nada interesante se puede haqer desde la mediocridad; hace falta la ambición, no la personal ni de partido, no la de los que se encierran en un quiste social y se desentiendan egoístamente de lo que pase con los demás, sino la ambición de hacer algo que requiera grandes esfuerzos y construya algo que justifique & una nación y sirva para edificar esos grandes cuerpos sociales de cijya perfección depende el destino del mundo: Europa, el mundo hispájnico, Occidente.

**H**ay que desconfiar de los que ocultan sus verdaderos propósitos y se presentan con disfraz. Hay que desdeñar a los que no tienen ojos más para lo que creen sus intereses ^articulares, sin ningún proyecto propio, que están esperando a ver de qué lado caen las pesas para reclamar una parte de la victoria -y del posibl^ botín-. Aquellos a quienes no importa qué pase en España, sino de quien podrán obtener más ventajas o bene ficios, sin ver que la única manera de que le vaya bien a cada parte es la cooperación inteligente y generosa en la prosperidad del conjunto. Esto es lo que se ventilará el 6 de junio. Cuando se tiene espíritu demo crático -eso con que se llenan la boca los que carecen de él-, unas elec ciones limpias y correctas son siempre una victoria, porque en una ver dadera democracia se cuenta con todos y todos siguen, desde un puesto o desde otro, poniendo en marcha la totalidad de un país. Vamos a ver muy pronto si la democracia española está viva o se convierte definitiva mente en una ficción anquilosada, en lo que Quevedo llamaba «un vocablo y una figura».